

LECCION VIII.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—AÑO SEGUNDO.

Curacion de un poseso.—Parábola del deudor.—Ejemplo y leccion de dulzura y de caridad.—Lo único necesario.—Curacion de un ciego de nacimiento.

El Salvador bajó del monte en que se habia transfigurado conversando con sus tres Apóstoles sobre las circunstancias de su Pasion, y al llegar á la llanura encontró á los otros nueve rodeados de una multitud inmensa, que en el momento que le divisó apresuróse á ir á su encuentro y manifestarle la alegría que causaba su regreso.

Nadie lo deseaba con mas ardor que un padre afligido, cuyo hijo, poseido del demonio, no habia podido ser curado por los nueve Apóstoles. El ahinco del padre era grande; pero la intensidad de su fe parecia no corresponder al ardor de sus deseos. ¿Creeis, le dijo el Salvador, que tengo el poder de hacer lo que me pedís? nada es imposible al que cree. Si, Señor, le respondió, creo; pero os suplico que fortalezcáis mi escasa fe. Espíritu inmundo, dijo entonces el Salvador, sal del cuerpo de este niño, y no vuelvas á entrar mas en él. Y al decir estas palabras, el niño quedó libre.

Nuestro Señor partió en seguida con sus doce discípulos, y recorrió una parte de la alta Galilea dirigiéndose hácia Jerusalem. Durante este viaje pagó el tributo á César, y dió á sus Apóstoles instrucciones admirables sobre la humildad, el escándalo y la caridad.

Para darles á conocer toda la indignidad del que se niega á perdonar, les contó la parábola siguiente: Sucede entre Dios y el hombre una cosa muy parecida á lo que pasa entre un rey de la tierra y los súbditos á quienes pide cuenta del manejo de sus caudales. Habiendo comenzado el exámen de las cuentas, presentaron al rey uno de sus súbditos que le debia diez mil talentos, mas no tenia con que pagarlos. Que le prendan, dijo el príncipe; sea vendido él con su mujer, sus hijos y sus bienes, y que lo que resulte de la venta se emplee para pagar su deuda. ¡Ah! señor, respondió el desgraciado arrojándose á los piés de su soberano, tened paciencia, que

os pagaré todo lo que os debo. Compadecido el rey de su súbdito, le perdonó gratuitamente lo que le debia, y le dejó libre de su empeño.

Salía éste de la presencia del rey cuando encontró á uno de sus compañeros que le debia cien denarios, suma bien módica en comparacion de la que acababa de perdonársele, y lanzándose sobre el desgraciado y asiéndole del cuello, lo ahogaba diciendo: Págame lo que me debes. El pobre siervo se arrojó á sus piés, y le dijo: Ten paciencia, que yo te pagaré lo que te debo. El acreedor no quiso, sino que fué y le hizo poner en la cárcel, donde mandó que lo custodiasen hasta el pago completo de su deuda.

Y presenciando esta inhumanidad los otros siervos se entristecieron mucho, y fueron á contar á su señor todo lo que habia pasado. El príncipe mandó llamar entonces al siervo de quien contaban cosas tan atroces, y le dijo: Siervo malo, á tu ruego tan solo he perdonado toda tu deuda, y acuérdate de qué cantidad me eras deudor. Pues ¿no debias tú, por una suma tan módica, tener compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Y enojado el príncipe le hizo entregar á los ejecutores de la justicia hasta que hubiera pagado todo lo que debia. Del mismo modo, añadió el Salvador, hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si vosotros, á quienes ha perdonado y perdona tantos pecados, no perdonais de todo corazon las ofensas que os hagan vuestros hermanos.

El Salvador continuaba su marcha hácia Jerusalem durante esta instruccion y otras varias que la acompañaron, y al llegar á los confines de la Samaria, hizo que se adelantasen algunos de sus discípulos para anunciar su llegada al paraje donde debia detenerse. Los enviados llegaron á una ciudad de los samaritanos cuyos habitantes se negaron á darle hospitalidad porque iba á Jerusalem, y sus discípulos volvieron indignados al encuentro de su Maestro y le dijeron: Señor, ¿quereis que hagamos caer sobre ellos fuego del cielo?

Nuestro amable Salvador se volvió hácia ellos, y miránolos con rostro severo les dijo con tono de reprension: ¡Cómo! no sabeis de qué espíritu debeis estar animados. El Hijo del Hombre no ha venido á la tierra para perder las almas, sino para salvarlas. Nuestro Señor recibió la afrenta sin quejarse, y buscó otro asilo. No puede dudarse que lo sentiria mucho, no tanto por sí como por sus discípulos, por cuyas necesidades velaba con la ternura de una madre.

El papa san Clemente, discípulo de san Pedro, dice en sus escritos que este Apóstol tenía con frecuencia un singular placer en citar en sus conversaciones los interesantes rasgos de la bondad de su divino Maestro durante su vida mortal. Contaba especialmente con un afecto particular que el divino Salvador, en los viajes que hacia con sus discípulos por las aldeas y ciudades de la Judea, iba con frecuencia á visitarlos por la noche con una solicitud casi paternal, para ver si estaban bien abrigados y no estaban expuestos al frío; y cuando los veía en una posición incómoda, no omitía medio alguno para mejorarla privándose él del descanso y pasando toda la noche en procurarles su bienestar. Durante el viaje de que hablamos envió sus setenta y dos discípulos á predicar en Galilea; y no le faltó á él ocupacion.

Cierto día este divino Maestro tuvo que confundir la malignidad de un escriba ó doctor de la ley, que se empeñó en asegurarse de hasta dónde llegaba la capacidad del hombre cuya reputacion se sostenía tan constantemente en todas las partes de la Palestina. Fué, pues, á encontrarle y le dijo: Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? La pregunta era muy vaga, y ocultaba un lazo bajo su excesiva universalidad; pero era un lazo donde cayó el que lo había tendido. ¿No habeis leído la ley? respondió el Salvador: ¿qué os enseña sobre las cosas necesarias á la salvacion?

Toda la ley puede reducirse, añadió el doctor, á dos grandes preceptos que son la base de los demás y los encierran á todos: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y de esta suerte amarás al prójimo como á ti mismo.* Habeis respondido perfectamente, le dijo nuestro Señor; haced lo que decís y alcanzaréis la vida eterna. Así pues, amar á Dios y al prójimo, hé aquí toda la Religion. ¿Quién se atreverá á decir que es impracticable?

Después de esta gran leccion, el Salvador continuó su camino hacia Jerusalem, y llegó por la tarde á Betania, aldea inmediata á la ciudad, donde se detuvo y recibió la hospitalidad de una familia que siempre le fue sinceramente adicta: era la familia de Lázaro y de sus dos hermanas Marta y María.

María, la mas jóven de las dos hermanas, se puso á los piés del Salvador para escuchar sus divinas lecciones, y Marta por el contrario se ocupaba con ahinco en preparar la comida que Jesús se dignaba aceptar de aquella santa familia. No pudiendo Marta acu-

dir á todas partes, se presentó al Salvador y le dijo: Señor, no reflexionais que mi hermana me deja sola para servir; os suplico que le digais que me ayude. El divino Maestro, que nunca dejaba de aplicar á las cosas del cielo las palabras mas comunes, se aprovechó de esta ocasion para darnos á todos, en la persona de Marta, una instruccion tanto mas útil, cuanto es de una práctica mas comun aun para las almas de celo y de virtud. Marta, Marta, le dijo, muy cuidadosa estás, y tu espíritu se fatiga con cien cosas diferentes, pero piensa al hacerlas que solo hay una necesaria. Tu hermana María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. Jesús hablaba del cuidado de la salvacion, y á esto llama lo único necesario. La accion y los cuidados de Marta eran buenos en sí, pero tendian menos directamente á la salvacion que la ocupacion de María, atenta á la palabra de Dios: de este modo se dice que tomó la mejor parte.

El Salvador partió al día siguiente á Jerusalem, donde, apenas llegó, una multitud de pueblo le rodeó para escuchar sus palabras. Celosos de su reputacion los príncipes de los sacerdotes resolvieron apoderarse de él; pero fracasó su proyecto, por no haber llegado todavía la hora del Hijo del Hombre. Hasta consiguió predicar varias veces en el templo, y por mas que sus enemigos trataron de sorprenderle en sus palabras, se vieron obligados á decir con el pueblo: Nunca habló nadie como este hombre. ¡Ah! este magnífico homenaje quedó estéril, y no se convirtieron. El Salvador no dejó de anunciarles los espantosos castigos que su incredulidad atraeria sobre sus frentes; todo fué inútil, de modo que cuando pasó la fiesta de los Tabernáculos, se apresuró á salir de aquella ciudad endurecida y sedienta de su sangre.

¿Cómo dejar de ver en esto una semejanza notable entre los sabios de Jerusalem y los de nuestros días? ¡Cuántos hombres hay entre nosotros que tienen sin cesar en los labios las alabanzas del Cristianismo, que lo admiran en su moral, en sus lecciones y en sus artes, y que se toman poco trabajo de arreglar su conducta conforme á sus mandamientos! En vano es que les digamos que sus alabanzas y su admiracion estéril no les librarán de los castigos con que Dios amenaza á los que menosprecian sus santas voluntades, pues se rien de nuestras palabras. ¿Qué nos queda que hacer, sino orar por los ciegos voluntarios que tienen ojos para no ver y oídos para no oír?

Acababa de salir el Salvador del templo, y se retiraba con sus Apóstoles sin que le siguieran sus enemigos, cuando encontró en el camino á un ciego de nacimiento, sobre el cual fijó sus miradas. Maestro, le preguntaron los Apóstoles, ¿este hombre nació ciego en castigo de una falta de que es personalmente culpable, ó en castigo de los pecados de sus padres? No, respondió Jesús, ni por los pecados de ese hombre, ni por los de sus padres, ha permitido Dios que naciera ciego.

Es verdad que las enfermedades, las adversidades y la muerte solo entraron en el mundo á consecuencia del pecado; pero Dios, que cuando le place las hace servir para castigar á los pecadores, las emplea con frecuencia para la perfeccion de los justos y la manifestacion de su gloria. Únicamente su gloria, añadió el Salvador, se propuso Dios en la enfermedad de este hombre, á quien ha destinado para hacer brillar las maravillas de su poder. Al decir estas palabras escupió en tierra, y habiendo humedecido polvo con su saliva, frotó con él los ojos del ciego. Anda, le dijo, á lavarte en los baños de Siloé. El ciego obedeció, se lavó los ojos, recibió la vista, y volvió hácia él lleno de alegría.

No hubo jamás un milagro que se examinase con mas rigor, lo cual fue muy conveniente. Luego que volvió el ciego, se esparció la noticia de su curacion, y corrieron á cerciorarse á su casa de todos los barrios de la ciudad. Los vecinos, lo mismo que los que le habian visto cien veces pedir limosna, se decian entre sí: ¿No es ese el ciego que estaba sentado en las encrucijadas y mendigaba? El mismo es, afirmaban los unos; no, decian los otros, es alguno que se le parece. No es cierto, decia el ciego, yo mismo soy. Y cesaron al momento de dudar de la identidad de su persona.

En cuanto á la curacion solo juzgaban por sus ojos, pero faltaba saber de qué modo se habia verificado. ¿Cómo se han abierto tus ojos? le preguntaban. El ciego respondió: Ese hombre que se llama Jesús ha humedecido tierra con su saliva, y me ha frotado con ella los ojos diciéndome: Anda á lavarte á los baños de Siloé. He ido, me he lavado, y veo. Mas ¿qué se ha hecho, añadieron los presentes, el hombre que te lo ha mandado? No lo sé, respondió el ciego.

Terminadas estas primeras indagaciones, no por eso dejaron de asegurarse nuevamente y de consultar con personas reputadas hábiles para saber lo que debia creerse acerca del milagro, y lo que de-

bia deducirse. Llevaron, por consiguiente, á los Fariseos el hombre en otro tiempo ciego; éstos le hicieron sufrir un nuevo interrogatorio, y teniendo por cierto segun el testimonio público que habia nacido ciego, le preguntaron cómo habia recobrado la vista. La inocencia y la virtud no temen las preguntas. Aquel á quien debo la vista, respondió, me puso barro en los ojos, me lavé por mandato suyo en los baños de Siloé, y veo. La claridad de la declaracion introdujo la division entre los jueces. Todos querian eludir las consecuencias de este milagro que podia probar el poder divino del que lo habia obrado, pero no estaban acordes sobre los medios de recusarlo. Hé aquí el miserable recurso que resolvieron:

El día en que Jesús habia formado barro con polvo y su saliva era un sábado, y habia enviado en este día á los baños de Siloé al ciego que queria curar. En estas dos acciones no habia nada que fuese contrario á la ley. No obstante, algunos dijeron: Prescindiendo del mérito de la curacion del ciego, un hombre que no guarda el sábado no puede ser el enviado de Dios. Otros decian: Ya que este hombre es un pecador, un violador del sábado, no puede haber hecho una maravilla tan grande. Todas estas razones á nada conducian, ni satisfacian á los buenos israelitas.

Los Fariseos desconcertados dirigieron, pues, al ciego otra pregunta tan propia como su division para descubrir su embarazo. Y ¿qué dices tú, le preguntaron, de ese hombre que te ha abierto los ojos? Digo que es un profeta, respondió el ciego. Puestos en este extremo, los Fariseos empezaron á negar que este hombre hubiese sido nunca ciego, y á decir que suponía una falsa curacion. Mandaron, pues, que se presentasen sus padres. ¿Es este vuestro hijo? les dijeron; ¿ha nacido ciego? Si es así, ¿cómo ve ahora con los dos ojos? Sabemos de cierto, respondieron, que ese es nuestro hijo, sabemos tambien que era ciego desde que nació; pero ignoramos cómo es que ve ahora, é ignoramos igualmente quién es el hombre que le ha restituido la vista. Interrogad á nuestro hijo, que edad tiene para responderos.

Los padres del ciego sabian muy bien de qué modo se habia efectuado el milagro; pero no tuvieron valor de decirlo, porque los judíos de Jerusalem, es decir, los Fariseos y los príncipes del pueblo estaban ya acordes en expulsar de la Sinagoga, como gentes excomulgadas, á todos cuantos hicieran profesion de creer que Jesús era

el Cristo. Por esta razon los padres del ciego hicieron recaer sobre él todo el peligro de la respuesta, diciendo á los Fariseos que estaba en edad de satisfacerles.

Los Fariseos volvieron á llamarle, y afectando un exterior de religion, le dijeron : Ten cuidado con lo que vas á hacer, teme la presencia del soberano Juez que te escucha, y da gloria al Señor, porque sabemos que ese hombre es un pecador. Si Jesús es un pecador, respondió el ciego con mucha libertad, lo ignoro; lo único que sé es que yo era ciego, y que veo. ¿Qué ha hecho, pues, para darte el uso de los ojos? Ya os lo he dicho, respondió el ciego; ¿por qué me lo preguntais otra vez? ¿Acaso porque teneis deseo de haceros discípulos suyos? En cuanto á mí os declaro que ya lo soy. Puedes serlo si así te place, le dijeron los Fariseos con ira y pronunciando maldiciones contra él; nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló á Moisés, mientras que ese hombre llamado Jesús no sabemos de dónde es, ni de qué parte viene, si de parte de Dios ó del demonio.

Eso es justamente, respondió el ciego, lo mas singular; vosotros, que os preciais de sabios, no sabeis de qué parte viene ese hombre que ha tenido poder para abrirme los ojos. Nosotros, pobres ignorantes, sabemos que los pecadores públicos no tienen poder de hacer tales milagros, y que los que tienen este poder son los amigos de Dios. Y además, ¿de qué milagro se trata? De un prodigio sin ejemplo desde el origen de los siglos, de la curacion de un ciego de nacimiento. Si el que me ha restituido el uso de los ojos no fuera el enviado de Dios, ¿hubiera podido hacer una cosa semejante?

La cólera de los Fariseos llegó hasta el último extremo con estas respuestas que no admitian réplica. Eres un desventurado, dijeron al ciego, y estás enteramente manchado de crímenes, ¿y aun pretendes dar lecciones á tus maestros? Y lo arrojaron ignominiosamente de su presencia. El Salvador supo que el pobre ciego de quien se habia compadecido acababa de ser desechado vergonzosamente por los Fariseos, y se apresuró á buscarle, diciéndole en seguida que le vió: ¿Crees en el Hijo de Dios? ¿Quién es, respondió el ciego, para que haga mi profesion de creer en él? Soy yo que te he curado, el que te habla, le dijo el Salvador. Sí, Señor, respondió el ciego con transporte, sí, creo. Y arrojándose á las plantas del Salvador, se prosternó delante de él, y le adoró.

Y nosotros tambien, ciegos de nacimiento curados por Jesús, se-

pamos darle gracias por habernos llamado á la admirable luz de su Evangelio, é imitemos al ciego cuya historia acabamos de leer, siendo la sencillez de su fe, su valor y su reconocimiento el modelo de la nuestra.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya vida no ha sido mas que un continuo beneficio; dadnos la fe del ciego de nacimiento y el tierno amor de Marta y de María hácia el divino Salvador.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero perdonar con todo corazon á los que me hayan ofendido.